

UN DESORDEN DE BAJA INTENSIDAD

OBSERVACIONES SOBRE LA VIDA
ESPAÑOLA DE LA ÚLTIMA DÉCADA
(Y ALGUNAS ANTERIORES),
Y EL CARÁCTER Y LA GÉNESIS
DE SU SOCIEDAD CIVIL

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 7(a)/1994

Sumario.

1. Introducción: la isla de los Manhattoes tierra adentro.
2. Intentando ser una sociedad civil.
 - 2.1. Anverso y reverso del estado democrático.
 - 2.2. Reglas de juego, economía y mercados.
 - 2.3. Formas de sociabilidad, familia y asociaciones voluntarias.
 - 2.4. La esfera pública y el hiperrealismo mágico.
3. La generación del 56/68, la génesis de su proyecto moral y balance provisional de lo conseguido: entre un orden de libertad y un esorden de baja intensidad.
4. *¿Eppur si muove?*: Acab o Ismael.

Notas

Víctor Pérez-Díaz

Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid; y ASP, Gabinete de Estudios, Madrid.

1. Introducción: la Isla de los Manhattoes tierra adentro. (*)

La sociedad española de los últimos diez a quince años ha sido construida a partir de dos conjuntos de impulsos fundamentales: uno, la suma de impulsos externos del capitalismo internacional, de la conjunción de las democracias y el marco geopolítico, de un trasiego creciente de tratos sociales con gentes diversas, y de una serie heterogénea de corrientes culturales; otro, la suma de impulsos internos que resultan de las actividades de los españoles: actividades configuradas por las instituciones que las enmarcan, los proyectos y las estrategias que las animan y, sobre todo, las tradiciones o modos habituales de actuar de las gentes. Podemos comenzar tratando aquellos impulsos externos como un entorno de retos y oportunidades a los que la sociedad española responde a la manera de un "sujeto" (o una pluralidad de sujetos).

Imaginemos, por un momento, la sociedad española como si fuera un personaje que inicia su aventura, y usemos la novela como una alegoría. La de Melville, "Moby Dick", comienza, como sabe cualquiera se haya asomado a sus páginas, con la descripción de la urgencia del protagonista por embarcar y lanzarse al mar. Está inquieto, comienza a deambular por Nueva York, y sus pies le llevan al punto más extremo de la isla. Se da cuenta de que no es el único. Hay muchos como él, muchos "manhattoes", justo en el borde, mirando esas distancias enormes con nostalgia. Y Melville filosofa sobre la atracción de los espacios abiertos, antes de arrastrar al lector por los vericuetos de la historia de Ismael y su capitán Acab, sombrero alto, pierna de marfil y talante violento y poco olvidadizo.

La atracción por los espacios abiertos y por el mar puede interpretarse como una metáfora que se aplicaría a cierto tipo de gentes, libres y celosas de su libertad; que hacen tratos que cumplen, pero cuyo cumplimiento exigen a los demás; con confianza en sí mismas; abiertas e interesadas por el mundo exterior. En el relato de ficción, Ismael acepta la llamada del mar, y encuentra almas gemelas. En nuestro caso, una comunidad humana, la española, sigue su voz interior y al tiempo la invitación de otras sociedades próximas para constituirse en una sociedad de gentes libres.

Pero ocurre que no es tan fácil responder efectivamente a esa llamada. Ismael llega pronto al mar: es un personaje decidido y de sentimientos simples,

y la Isla de los Manhattoes es de trazado diáfano, de modo que basta seguir cualquiera de las calles, perpendiculares entre sí, para encontrarlo. Pero nosotros estamos en un país donde son bastantes los que desconfían de sí mismos y recelan de los horizontes abiertos, contradicen su impulso de ser libres con el de reconstruir nuevas formas de antiguas y queridas servidumbres, y gustan de dar vueltas sobre sí mismos; y muchos los que viven en ciudades de trazados barrocos, adentradas en tierra. A los españoles no les es tan fácil llegar al mar. Pueden perderse por las calles y no llegar nunca.

"Llegar al mar", en este caso, puede querer decir llegar a ser una sociedad civil, o si se quiere, volviendo a la concepción originaria en el siglo XVIII, una sociedad civilizada. Una sociedad de tipo semejante no es cualquiera, sino una que reúne determinadas instituciones y disposiciones: una sociedad integrada por instituciones de mercados (o de coordinación espontánea entre voluntades formalmente autónomas), varias formas de asociación voluntaria y una esfera de libre debate público; por el principio del respeto a la ley (o/y unas reglas de juego entre tales voluntades formalmente autónomas); y por una autoridad pública cuya actuación es congruente con el respeto a aquellas instituciones y a este principio, y que es responsable ante un público de ciudadanos. Si usamos la expresión en esta acepción amplia, nos damos cuenta de que se trata de un modelo normativo (y analítico) al que corresponden sólo en parte las sociedades realmente existentes que hemos ido consiguiendo en el mundo occidental (y otros lugares del planeta) en fechas relativamente recientes. Por ello, al referirme a esta sociedad civilizada no trato de hacer la apología de las sociedades occidentales existentes, y menos aún de aquellos de sus segmentos de vida social "que no son estado". Simplemente propongo un modelo contra el que medir nuestras realizaciones históricas, que consiste en un conjunto interrelacionado de instituciones y tradiciones sociales. (1)

2. Intentando ser una sociedad civil.

2.1. Anverso y reverso del estado democrático.

Una sociedad civil se caracteriza por cierto tipo de estado, definido por el respeto a las libertades individuales y formas de participación popular en el poder, cuya expresión actual suele ser una democracia liberal. Estos últimos diez o quince

años han convertido la experiencia democrática en España en una experiencia cuasi-natural. Este es ya un resultado notable, porque después de casi cuarenta años de un régimen autoritario (represivo de manera muy rigurosa en su primera mitad, menos en su segunda), el país necesitaba tiempo para desarrollar sentimientos y hábitos de convivencia en el marco de una democracia liberal: hasta que las gentes llegaran a hacerse a la idea de que la democracia era su forma cuasi-natural de estar en el mundo. Tan natural como pudiera serlo en el resto de la Europa occidental. Estos diez años últimos han constituido, en cierto modo, un tiempo de habituación de las gentes, en el que un artefacto cultural se ha convertido en una tradición.

El estado español de estos años ha sido un estado democrático. Pasado el tiempo de la transición y de la consolidación, España ha vivido diez a quince años en plena democracia. El público ha tenido una y otra vez la oportunidad de depositar su voto en las urnas en elecciones nacionales, regionales y locales. Lo ha hecho: sus niveles de abstención, relativamente bajos, han mostrado su interés en participar de esa forma un poco discontinua y ocasional, pero decisiva, en la vida política. Esta habituación a instituciones varias ha ido de la mano con la habituación a cierto tipo de políticas públicas, y la combinación de ambas ha contribuido probablemente a que la disposición inquieta de bastantes españoles, su disposición al cambio (patente, a mi juicio, durante el período histórico anterior, a pesar de la rigidez relativa de sus instituciones políticas), se haya ido trocando en una disposición conservadora.

Aunque se quiso presentar la opción política de los españoles en 1982 como la de una opción por el cambio, parece claro que la tendencia dominante del público ha sido a la conservación del *statu quo*. En 1982 la mayor amenaza al estado de los asuntos públicos parecía ser la constituida por la presencia en el gobierno de un partido visiblemente agotado, ásperamente dividido, y sin apenas liderazgo. El público observó con asombro la autodestrucción de la UCD entre 1980 y 1982. Su horror al vacío le impulsó en brazos de los socialistas, cuyo slogan "por el cambio" venía matizado por el de "queremos que las cosas funcionen" o "queremos la modernización": todo lo cual cubría una estrategia fundamentalmente prudente, conservadora y acomodaticia con las expectativas de un amplio espectro de la población. De aquí su éxito, extraordinario hasta 1993, y todavía apreciable en las elecciones de aquel año.

Fieles a esta disposición conservadora, el gobierno y la amplia mayoría del país que le apoyó se atuvieron a una trayectoria de mantenimiento de las pautas básicas de la política iniciada por los gobiernos centristas de la transición: la gestión prudente e inercial del embrollo constitucional sobre las autonomías; la política económica de los pactos dando prioridad a la lucha contra la inflación pero descuidando la política de oferta; y por consiguiente, la disposición a convivir con alguna inquietud, pero sin dramatismo, con una tasa de paro que ha parecido oscilar durante los últimos diez años entre el 16 y el 24% de la población activa, con el crecimiento del estado de bienestar, con la política de retoques y reformas parciales (significativos en 1984 y en 1994) en el mercado de trabajo y, en general, con una liberalización gradual y cautelosa de los diferentes mercados, hecha, en lo posible, a la medida de los intereses de los respectivos sectores (llegando más lejos en banca, quedándose más corta en telecomunicaciones y energía, jugando al sí-pero-no en el tema de horarios comerciales y arrendamientos, etc. etc.). Este ronroneo de políticas públicas pragmáticas, graduales, conservadoras de lo fundamental del *statu quo*, ha sido y es el telón de fondo de la adhesión del público al gobierno socialista y ha dado al país una década de lo que algunos llaman estabilidad política, y otros hegemonía socialista. Después, hemos entrado en una relación de fuerzas más compleja, dado que populares y neoizquierdistas, tras un largo período de travesía del desierto, por razones distintas, han renovado su imagen, su liderazgo, su organización interna y su lenguaje.

En las diferentes regiones, la política ha evolucionado de manera relativamente predecible y, en conjunto, con efectos vagamente tranquilizadores sobre la opinión. Los gobiernos autonómicos no han gastado desproporcionadamente más que la administración central, ni mostrado mayor grado de desorden que ésta; en cambio, han producido una sensación de mayor concernimiento por los asuntos locales y mayor accesibilidad al público, y han introducido en el debate público un talante menos crispado y dramático que el de la política madrileña habitual. En las regiones con importantes nacionalismos regionales, se han desarrollado costumbres casi apacibles (si se pudiera prescindir del terrorismo). Los partidos nacionalistas han solido tener minorías abultadas o mayorías relativas, que les han acostumbrado al ejercicio del poder; y a su vez han acostumbrado al público de sus regiones a vivir en un clima político con una dosis módica de disidencia simbólica, que en el País

Vasco es más altisonante y en Cataluña parece más sosegada. Experiencias de pactos o acuerdos entre estos nacionalistas periféricos y los socialistas han puesto en marcha mecanismos interesantes de implicación recíproca y corresponsabilidad por las tareas de gobierno: costumbres de apaños y de vivir y dejar vivir.

Todos los partidos se toleran mutuamente con algunas dificultades y ocasionales estridencias, pero sin mayor dramatismo; transmiten una sensación de tensión, pero no el sentimiento de ser irreconciliables; y (con ocasionales despliegues de reticencia) aceptan el marco de las reglas de juego de la democracia liberal española, y, por tanto, su constitución. De modo que las gentes asisten a las trifulcas y arreglos de los partidos con curiosidad y con los sentimientos mezclados habituales en casi todos los países democráticos; pero sin identificarse con ellos, ni interés por afiliarse a ellos. Por otro lado, tal vez sea esa la forma que mejor cuadre el interés de los partidos: partidos bajo el control de oligarquías ocasionalmente propensas a bandos y facciones, pero compuestas por gentes que se conocen de antiguo y suelen preferir mantener a sus militantes a una distancia prudencial. Las gentes entienden que este es el estado natural de las cosas. Miran a su alrededor, al resto de la Europa occidental, y les parece que son semejantes a los demás (incluso piensan que son más serios que los italianos, por ejemplo, al menos hasta los sobresaltos de los escándalos de corrupción en España de los dos últimos años).

Pero esta trayectoria de habituación a lo existente y esta consolidación de una disposición conservadora, en el marco de un mundo de gentes de horizontes cortos y algo proclives a la obediencia, ha tenido como consecuencia no deseada el desarrollo de elementos patrimoniales en el interior del estado democrático, procedentes tanto del estado anterior como de las raíces mismas de las formas tradicionales de la vida social: es decir, el desarrollo de pautas de conductas de apropiación de los recursos del estado (y los medios de administración) por grupos particulares (sean oligarquías o partidos políticos, cliques o cuerpos de funcionarios, o coaliciones entre agentes públicos y privados).

Curiosamente, la hegemonía socialista, que hubiera debido ser (en congruencia con su retórica modernizante) hostil al desarrollo de ese componente patrimonialista, lo ha favorecido: por una combinación de rasgos propios y ajenos. De un lado, era de esperar que gentes ansiosas por el poder se agarraran a él con ahínco. Tanto más

cuanto que creían tener una misión. Sabemos que la ideología de la misión justifica a veces actitudes de alguna arrogancia entre las gentes más diversas. La creencia de que uno tiene una misión en la vida suele ir asociada a la idea de que uno tiene el derecho y el deber de cumplir esa misión venciendo toda resistencia, en especial la resistencia de los demás. Por lo demás, no hay que olvidar los reflejos adquiridos durante la adolescencia política de muchos socialistas en la escuela de la revolución: perdidas las ideas revolucionarias pueden quedar los tics gestuales y de comportamiento, como quedan los síntomas histéricos después de olvidado el trauma originario.

Pero, de otro lado, los socialistas se encontraron con la admirable disposición de muchas gentes a ser mandadas. El público votó a los socialistas en 1982 a impulsos, en buena medida, como ya he señalado, del *horror vacui*: huyendo del espectáculo de UCD destruyendo a su propio líder, Suárez, entre 1980 y 1981, a golpe de astucias y deslealtades intrapartidistas; huyendo del espectáculo de un liderazgo sin peso propio, y de una desbandada de oportunistas ilustrados desplazándose con su séquito a la búsqueda de lo que ellos llamaban mejores oportunidades de servir al país; y huyendo del espectáculo de un gobierno empeñado en una gobernación y una campaña electoral en 1982 sin rumbo, o sin otro rumbo que el de ceder el poder. El país quería líderes, y los obtuvo, por más que algunos espíritus sensibles se sintieran pronto incómodos con lo que llamaban la prepotencia de los socialistas. Lo cierto es que esta aparente determinación y deseo de mando de los socialistas era justamente uno de sus atractivos; como lo demostró el público, una y otra vez, volviendo a elegirlos.

Este deseo de ser bien mandados es interesante de observar, porque no responde simplemente a una proclividad a la obediencia (aunque lógicamente pueda incluirla), sino que está también ligada a cálculos razonables de interés. Simplificando: el *establishment* económico hizo pronto sus paces y abrió sus puertas: los más rápidos y clarividentes antes y en mayor medida que los otros. Las clases medias profesionales entendieron que sus carreras dependían de no enemistarse con el poder. Y las clases populares se dispusieron a recibir prestaciones sociales de varios órdenes.

A ello cabe añadir que el proceso de reforzamiento de los elementos patrimoniales del estado fue favorecido por las turbulencias creadas en tres conjuntos institucionales y organizativos muy

importantes como instancias de distancia y resistencia razonable a la autoridad discrecional: la justicia, la administración civil y la universidad. Cada una de ellas se vio sometida a procesos de reestructuración y cambio de diseño, y a conflictos redistributivos de poder en su seno y movilidad del personal, que consumieron sus energías durante muchos años, redujeron su eficacia, y probablemente embotaron su capacidad de control y de crítica.

En estas condiciones, el estado retornó a sus usos y costumbres, antiguos, de una gestión opaca e incontrolada de los asuntos. El símbolo más ostensible de esta opacidad fue el proceso presupuestario, donde los créditos extraordinarios, los suplementos de créditos, las partidas presupuestarias ampliables, los presupuestos reformados de obras públicas y otros muchos artificios transformaron el presupuesto de ser un registro a ser una metáfora del gasto efectivo del estado (que tenía por lo demás muy poco que temer del control, años-luz más tarde, por así decirlo, por parte del Tribunal de Cuentas). El símbolo más inquietante de esta opacidad fue la partida de fondos reservados, último rincón de los *arcana imperii* laberínticos del estado.

Pero la otra cara de tanto poder y tan opaco es que con él se ha hecho relativamente poco. Gobierno como sabemos viene de *gubernaculum*, gobernalle o timón de una nave. Gobernar sería llevar el timón. Pero a veces nos encontramos con gobiernos que más que seguir un rumbo, se dejan ir o poco menos. Un estado patrimonial, o con fuertes componentes patrimoniales, opera por medio de "medidas discrecionales" que suponen una acreción gradual de medidas pactadas con unas y otras fuerzas, y con gran respeto de las tradiciones existentes, para no alterar equilibrios complejos; cultiva sus relaciones con los grupos afines, mientras vigila, atenta, a los contrarios; y en este tejer y destejer de sus relaciones clientelares ocupa una gran parte de su energía, su atención y su inteligencia.

De este modo, ese tipo de estado suele convertir una retórica de cambio, que en el caso español ha tenido, en una práctica real de forcejeo por una redefinición continua del *statu quo*. Por arriba, procuró que el sistema financiero se fuera gradualmente liberalizando. Liberalizó paso a paso los tipos de interés, sentando las bases para lo que sería la guerra del pasivo de años más tarde, y dio entrada a cajas y bancos extranjeros (*cum grano salis*); lo cual fue empujando suavemente al sistema

en la dirección de una liberalización de los mercados financieros y de los movimientos de capitales. Por abajo, aplicó también una política de liberalización del mercado de trabajo con extrema circunspección, tratando, bien de no enfrentarse con los sindicatos, bien de hacerlo mínimamente, bien de parecer hacerlo y no hacerlo: todo con infinita paciencia, o simplemente sin sentido del tiempo.

En algunos temas, el estado ha podido hacer como si tuviera un rumbo, aunque fuera demasiado tímido para imponer su hegemónica voluntad al respecto. En otros, ha ido a la deriva; pero no simplemente por razón de sus insuficiencias, sino también por razón de la sociedad con la que tenía que habérselas. La deriva del crecimiento del estado, y en particular del estado de bienestar, ha sido la consecuencia lógica de las percepciones y las expectativas de la clase política y del país al comienzo de la transición, y de la proclividad conservadora del gobierno y del público que le ha apoyado. A mediados de los setenta, la mayor parte del país consideraba obvio que era preciso incrementar el gasto público, y la presión fiscal, para desarrollar el estado de bienestar. Nadie opuso resistencia a las medidas políticas que se tomaron en esa dirección. Parecía que Europa marcaba la pauta, y que España debía acercarse a sus niveles de gasto público: entre 1985 y 1993 el gasto público en España pasó del 40 al 48% del PIB (y entre la transición y la actualidad pasó de c. 27 a c. 50%) mientras en Francia lo hacía del 53 al 54, y en Alemania del 48 al 51; entre 1980 y 1992 la presión fiscal aumentó un 48% en España, y en torno a un 5% en Francia y Alemania.⁽²⁾ Naturalmente, una comparación de esta naturaleza con países como Francia y Alemania, dada la disparidad en sus PIB, sólo tenía sentido en el marco de un proyecto político que consistiera en emular su consumo pero no su capacidad productiva: en alcanzar sus niveles de bienestar sin alcanzar sus niveles de renta. Para colmar la distancia en los niveles de renta, España habría tenido que ahorrar e invertir en una proporción muy superior a como lo hacía: eso era probablemente incompatible con aquellos aumentos de gasto público y de presión fiscal. Pero esta nunca fue, y sigue sin ser, la manera de razonar del gobierno y del público sobre la materia.

De hecho, el gasto público no se ha orientado hacia la inversión, salvo de manera asistemática. El esfuerzo público en impulsar la investigación ha sido modesto, pudiéndose observar algo semejante del lado empresarial, de modo que nuestros gastos en investigación y desarrollo siguen siendo muy

inferiores a los de otros países europeos: en 1989/1991 España gastó el 0,7; y Francia, Alemania y el Reino Unido, entre 2,3 y 2,9% del PIB correspondiente. (3) Las inversiones en telecomunicaciones han sido bajas durante la mayor parte de estos años; las inversiones en infraestructuras, notables durante algunos años, particularmente los precedentes a los fastos de 1992.

Aumentaron, en cambio, los gastos consuntivos de la administración, en parte porque aumentó su personal (si no en las administraciones centrales, por el traspaso de competencias y funcionarios, sí en las regionales y locales), en parte porque se atendieron a varias necesidades sociales. Los subsidios al desempleo y al empleo (o subsidios a las empresas, públicas y privadas) fueron y son espectaculares. El aparato sanitario se incrementó moderadamente; y el educativo en mayor medida. Los padres se acostumbraron a colocar a sus hijos entre 3 y 25 años en el sistema educativo: en 1975 sólo había un 47% de niños entre 3 y 5 años en la educación llamada pre-escolar, mientras que en 1992 eran el 84%; los universitarios son ahora 1,2 millones en el país. (4) Las pensiones (tanto no contributivas como contributivas) crecieron extraordinariamente; y su efecto fue reforzado por desembolsos importantes en forma de pagos por incapacidad laboral transitoria y jubilaciones anticipadas. El conjunto ha formado un cuasi-sistema de bienestar social considerable.

Esta evolución ha sido facilitada por algunas premisas culturales compartidas por los varios agentes políticos y sociales durante mucho tiempo. Una de ellas es la disposición a centrar la atención en los conflictos distributivos entre los distintos grupos sociales, a expensas de los problemas relativos a la creación y producción de riquezas o bienes de tipo vario, material o moral. Otra, relacionada con la anterior, es la disposición del estado patrimonial a mirar al presente, cuando puede distribuir recompensas y desplegar los símbolos de su poder, más que al futuro. Sus referencias al futuro tienden a quedar en mera retórica, apenas respaldadas por actuaciones reales. Esto afecta a la inversión en el aparato productivo y en el capital humano; y afecta, desde luego, al estado de bienestar, cuya crisis sólo puede entenderse en una lectura dinámica o secuencial: como una crisis que debe anticiparse si no se altera la tendencia en curso.

2.2. Reglas de juego, economía y mercados.

Durante muchos años la estabilidad política ha parecido ir de la mano con una evolución económica razonable de progresiva integración en la economía europea y mundial. La política económica parecía sin apenas alternativa: una combinación de política monetaria relativamente predecible y en tensión algo incómoda (pero tampoco hay que dramatizar este "estado de incomodidad") con una política presupuestaria laxa, que era poco defendible en foros económicos, pero obvia y elemental de comprender en un medio político, por razón de los llamados "imperativos políticos", esto es, el oportunismo electoral, dada la relación de fuerzas domésticas y el carácter de un debate público donde pesaban notablemente los argumentos populistas. El relativo éxito de esta política en el control de la inflación, la atracción de capital exterior y el aprovechamiento de la onda de crecimiento de la segunda mitad de los ochenta parecieron eclipsar las deficiencias del sector exterior del aparato productivo y la pobre utilización del capital humano del país. Pero con el tiempo estos éxitos han sido a su vez oscurecidos por la toma de conciencia, gradual primero y luego clamorosa, de que una buena parte de la actividad económica había sido llevada a cabo en condiciones de trampeo habitual con las reglas del juego, al menos con las reglas que el público ha ido poco a poco entendiendo que debían aplicarse a dicha actividad.

En la tradición española dominante, el estado no es el garante del principio del respeto a la ley entendida como conjunto de reglas universales, formales y abstractas: el estado es el legislador que dicta su voluntad en forma de ley, y, en último término, en su forma patrimonial, es el legislativo/ ejecutivo comprometido en una continua intervención discrecional. Se trata de un dios antiguo-testamentario que no se ajusta a reglas, y premia a los que confían en él y castiga a los que desconfían de él; o quizá más bien, de un demiurgo voluntarioso, que premia a los buenos y castiga a los malos entendiendo por buenos quienes se ajustan, no a reglas universales, formales y abstractas, sino a reglas que son mandatos específicos detrás de cada una de las cuales hay un interés preciso: por lo general, una colusión entre un interés privado y el interés, o el sentimiento, de alguno de los grupos de funcionarios y políticos que ocupan el estado.

Esta colusión de intereses, oculta unas veces, presentada otras bajo forma de entendimientos razonables, ha sido práctica habitual en España y en muchos de los capitalismo intervenidos del tipo del

capitalismo europeo continental (y japonés). Ha operado (digamos, simplificando las cosas) sin grandes problemas, hasta fecha relativamente reciente. Pero justamente ahora, la combinación, de un lado, de la mayor integración de la economía internacional (que requiere de la aplicación de reglas homogéneas) y de las mayores oportunidades de enriquecimiento súbito resultado de la nueva tecnología de la información junto con la mayor movilidad del capital; y de otro lado, de un cambio en el clima político-moral de muchos países, debido a la desaparición del socialismo y la desafección del público (respecto a los poderes económicos, la burocracia estatal y los partidos), han creado una situación donde prácticas toleradas durante años y decenios se han convertido en prácticas corruptas. Pero para que este estado de reprobación social difusa se convirtiera en una explosión de escándalos políticos, se requerían además condiciones locales específicas. En España, el nuevo equilibrio de fuerzas económico, político y "mediático" de comienzos de los años 90 dio oportunidad a un debate público sobre la corrupción, que de otra forma no habría tenido lugar, o lo habría hecho de forma mucho más mitigada.

En el espacio de dos años, apenas ha habido organismo público que no haya aparecido salpicado por algún escándalo, y el gobierno ha debido vivir bajo la sospecha de tener una reacción tarda, defensiva y partidista ante la corrupción, y estar a punto de caer en el abuso de poder para entorpecer la acción de la justicia. Lo sucedido, extraordinario, ha marcado una línea divisoria en la experiencia pública de los españoles, y plantea interrogantes sobre el contenido de legitimidad del sistema de relaciones entre el estado y la vida económica a los ojos de la opinión.

Como es sabido, el antiguo gobernador del banco central del país ha sido acusado por una comisión parlamentaria de enriquecimiento indebido en su cargo y de prácticas de *insider trading*; el director general de la Guardia Civil es un fugitivo de la justicia (desde el mes de abril de 1994), acusado de uso indebido de los fondos reservados y corrupción; dirigentes del partido socialista tienen un proceso abierto por la financiación ilegal de su partido (caso Filesa), mientras cargos importantes de los partidos en control de los gobiernos regionales en Cataluña y el País Vasco, o del principal partido de la oposición, han sido objeto, o estado a punto de ser objeto, de procesos semejantes; y altos funcionarios de múltiples organismos estatales y paraestatales se encuentran implicados en

alegaciones públicas, actuaciones de comisiones parlamentarias y procesos judiciales relativos a casos reales o supuestos de abuso de poder en el uso de los recursos del estado, compras del estado, otorgamiento de licencias o asignaciones de obras. Naturalmente, los políticos y los funcionarios corruptos han actuado con la complicidad y la cooperación de las empresas privadas correspondientes. Asimismo, en el seno de varias de estas empresas, se han hecho ingeniosos, ingentes y sistemáticos esfuerzos por urdir "artificios contables", que no han evitado colapsos, quiebras técnicas y alegaciones de fraudes o impropiedades diversas, y, a la postre, de intervenciones administrativas o judiciales drásticas de tales empresas, y su desaparición o su absorción por otras.

Atónitos, los españoles han debido iniciar una reconsideración retrospectiva del tipo de país que eran desde hacía muchos años, y del tipo de reglas de juego en vigor, tanto de la democracia como de la economía de mercado, no en este o aquel segmento de población, sino en el conjunto. Porque la colusión entre las autoridades y los agentes privados ha operado en todos los órdenes. Al *insider trading* como forma habitual de operar en los mercados financieros, corresponde la economía subterránea en los mercados de bienes y servicios (estimada en un 20/25% del PIB); y el fraude en el subsidio de desempleo, las prestaciones de la seguridad social o el pago de los impuestos (con un fraude estimado en 3 billones de pesetas).

La falta de respeto por las reglas del juego económico debe ser vista contra el telón de fondo de un respeto débil por la ley en general, que se pone de manifiesto en otros campos de la vida política y la vida civil. Un indicio de ello es la convivencia con fenómenos patológicos considerados como parte normal de la existencia. Un ejemplo es la habituación del país al fenómeno terrorista: un fenómeno totalitario inquietante. Dado que el terrorismo se concentra en algunos objetivos específicos, es grande la tentación de que la mayor parte se desentienda de él, se vuelva indiferente a sus víctimas, y se acostumbre a vivir, en este caso, con una media anual de 34 personas asesinadas entre 1981 y 1992 (80 de media en 1978/1980). Otro ejemplo es la indiferencia ante el dato extraordinario de que la población reclusa en España se haya doblado durante los últimos diez o doce años: el número de reclusos ha pasado de c.23.000 a c.46.000 entre 1982 y 1993, y de ellos la mitad como personas encarceladas preventivamente, antes de ser juzgados. Un dato que es testimonio, tanto

del aumento notable de la delincuencia (la media anual de delitos contra las personas pasó de c.8.900 a c.16.000 entre 1984/86 y 1990/92; y la de delitos contra la propiedad, de c.590.000 a c.690.000, reflejando probablemente la creciente importancia de los fenómenos de drogadicción y narcotráfico), como de las dificultades crecientes del aparato de la justicia para operar con eficacia.(5)

2.3. Formas de sociabilidad, familias y asociaciones voluntarias.

El país ha actuado, durante generaciones, como si se hubiera hecho a la idea de que el trampeo con las reglas era la cosa más natural del mundo; también el país ha actuado como si creyera que la tasa de paro y de actividad de los últimos quince años fuera algo cuasi-natural, con lo que se podría vivir indefinidamente (siempre que se acompañara de un recitativo un poco lúgubre de "qué horror, qué espanto", y pasando a otra cosa). Así, resulta extraordinario observar cómo gran parte del discurso político, académico y de la prensa más influyente ha dado vueltas y vueltas en torno a una política económica presentada como la única posible (salvadas las inevitables reticencias), cuando era obvio que ésta tenía alguna responsabilidad en el mantenimiento de una tasa de desempleo que suponía un estado de cosas claramente patológico. No hay país industrial occidental alguno con una tasa de paro semejante. Se suele contraponer la mayor capacidad de Estados Unidos para crear empleo, con la menor capacidad de Europa; pero, al cabo, Europa occidental tiene (estos últimos años) una tasa de paro del 10/12%, mientras que España la tiene de 20/24% y con una tasa de actividad muy inferior.

Que esto supone un descuido extraordinario de gobernantes y elites dirigentes por movilizar el capital humano del país y su indiferencia ante los costes sociales y humanos consiguientes, parece obvio. Pero la respuesta a la pregunta de cómo se ha podido vivir tanto tiempo en estas condiciones sin estallidos sociales de algún tipo, ciertamente no lo es. Podemos encontrarla, sin embargo, en la experiencia de las gentes que he reconstruido como "la sociedad de las cuatro esquinas", tomando como metáfora de referencia un juego infantil. Se trata de la curiosa alternancia de muchas gentes, sobre todo jóvenes, entre cuatro estaciones: la ocupación en un puesto de trabajo "en precario" (según diversas fórmulas como la que se estableció en 1984, y ha sufrido una metamorfosis en 1994); la ocupación en

la economía subterránea; el paro en condición de recibir subsidio de un tipo u otro (por ejemplo, a través de la fórmula del PER), en circunstancias que permiten a la gente formular su experiencia como una de "trabajar en el paro"; y el aterrizaje en un puesto estable; (a falta de todo lo cual quede "fuera del juego", en condición de paro propiamente dicho, puro y duro. Una parte apreciable de la gente joven, una vez que sale de los aparcamientos del sistema educativo, donde ha estado entre los 6 y los 16 años (o, en los casos más graves, entre los 3 y los 23), accede a este escenario cuadrangular un poco rocambolesco que la puede entretener unos cuantos años más. No está claro que aprenda gran cosa en el empeño: los planes de formación profesional no han cuajado aún; y el trabajo, quizá más cualificado, de jóvenes más preparados no les garantiza un porvenir en las empresas, pues las reglas son tales que en el momento de una reestructuración éstos son casi siempre los primeros en salir.

Para que este cuasi-sistema "funcione" es preciso reducir las expectativas de los jóvenes, y encontrar una institución clave que reduzca los costes humanos y sociales de los desplazamientos y las incertidumbres de esta circulación de esquina en esquina, y que acumule y reparta recursos compensatorios. Esta institución ha sido la familia española. En ella se han dado cita adultos y jóvenes en las condiciones antes descritas. La familia ha redistribuido entre ellos los recursos disponibles: los dineros, los instrumentos de acceso a la seguridad social, la información sobre las oportunidades de empleo, el espacio disponible en la vivienda o las viviendas familiares. Ha hecho que todo pudiera ocurrir sin que la gente perdiera su autoestima, ni dejara de sentirse parte de un grupo y objeto de su preocupación. Lo ha hecho sin graves conflictos internos. Para ello, ha tomado pie en el largo proceso de reblandecimiento de la autoridad familiar que se llevó a cabo durante los últimos treinta años. La generación adulta actual, la primera beneficiaria de este reblandecimiento, ha transmitido esta pauta a la generación siguiente y creado un clima entre unos y otros de vivir y dejar vivir. La red de estas familias cuasi-extensas, donde se reúnen varios hogares semi-dispersos, ha permitido la supervivencia de una generación, y está también detrás de la experiencia de creación de empresas pequeñas y medianas en todo el país.

La vitalidad de esta institución familiar ha sido extraordinaria, y espontánea. Ha sido independiente de la política estatal; ha estado al margen de los

partidos, los sindicatos, las grandes asociaciones y la iglesia; y su desarrollo ha solido estar conectado con el de otras formas blandas de sociabilidad, florecidas al amparo de los tiempos libres y la cortedad de los horizontes profesionales de estos jóvenes, que hacen referencia al ocio, la cultura, el deporte, y cuyo objetivo central es el desarrollo de sentimientos de comunidad y de afirmación de identidades. Siempre fueron estas formas de sociabilidad importantes en el país: las encontramos, desde hace mucho tiempo, en la organización de la Semana Santa de las ciudades y los pueblos andaluces, las fallas valencianas o las peñas navarras. Pero en estos diez a veinte últimos años, el país se ha llenado de cuadrillas, peñas y pandillas en ciudades y pueblos (y de ellas han recibido las fiestas locales su mayor impulso).

A veces, esta sociabilidad (semi) espontánea no cumple sus deberes y frustra las expectativas de los funcionarios, cometiendo el pecado de omisión de no registrarse en el registro correspondiente, osando incluso desdeñar una posible subvención, y reciben, por ello, la sanción correspondiente de no figurar en las estadísticas. Pero otras, son más obedientes, y se registran y rellenan las estadísticas que el sociólogo se apresura a recoger en sus textos. Analizando algunas de estas estadísticas se observa el auge relativo de las asociaciones voluntarias. Entre 1970 y 1976 se inscribía una media anual de c.1.170 asociaciones acogidas a la ley de 1964, que podemos llamar de carácter "societal" (asociaciones voluntarias sin ánimo de lucro, que excluyen las constituidas con arreglo al derecho civil, mercantil o canónico, así como los partidos políticos, los sindicatos, y las asociaciones profesionales y de funcionarios, que se rigen por leyes especiales). A partir de 1977 la media anual de nuevas inscripciones se cuadruplica: es de c.4.970 entre 1977 y 1983; y de c. 4.510 entre 1984 y 1990 (pero con un incremento a c. 6.100 en 1988/1990). (6)

De algunos datos procedentes de encuestas a muestras nacionales acerca de la afiliación de los españoles a todo tipo de asociaciones se deduce una disparidad interesante en la evolución entre 1980 y 1989 de la afiliación a estas asociaciones "sociales", y la afiliación a las asociaciones políticas, sindicales y profesionales, y religiosas. El aumento de interés en asociaciones culturales, deportivas, recreativas o de *single issues* (consumidores, derechos humanos, ecologistas, vecinales, etc.) que he llamado sociales, parece muy acusado: los afiliados han pasado del 14,1 al 41,3%. La

afiliación a los partidos se redujo a la mitad (del 6,6 al 3,4); la relativa a los sindicatos se redujo ligeramente (del 8,7 al 7,5); la referente a las asociaciones profesionales se mantuvo (3,5/3,6); la afiliación a las asociaciones religiosas creció suavemente (de 5,2 a 6,6). (7)

Esto requiere cuatro comentarios. Primero, no estamos ante una sociedad atomizada, sino una sociedad repleta de redes familiares extraordinariamente activas, de formas de sociabilidad blandas, y de interés creciente en asociaciones societales de muchos tipos; pero también una donde incluso el asociacionismo más formal y organizado tiene su lugar.

Segundo, conviene dejar constancia de que, detrás del ligero aumento reseñado del interés por las asociaciones religiosas, hay un momento curioso en la evolución de los sentimientos religiosos y cierta vitalidad en las asociaciones religiosas en España. Los medios de comunicación, cediendo a su afición por las cumbres, suelen centrar su atención en las declaraciones de las conferencias episcopales. Es muy probable que éstas constituyan el fenómeno menos interesante de lo que ocurre en el catolicismo español. Aquí, como en casi todas partes, lo importante sucede en la llanura variopinta donde se dan cita las múltiples tendencias del pueblo católico, y en lo que éste hace a cierta distancia del pastoreo de los clérigos.

Tercero, algo parecido sucede con los sindicatos y las asociaciones empresariales. Por un lado, no conviene subestimar la importancia de estas grandes organizaciones. De los unos se dice que tienen poca afiliación; y de las otras, que son una "superestructura" con escasa relación con el mundo de los empresarios. No es exactamente así. Los sindicatos fueron capaces de movilizar una gran parte de la población en diciembre de 1988; en las elecciones a comités de empresa los dos sindicatos principales suelen conseguir el 80 por ciento de

delegados; y su voz es requerida y escuchada, continuamente, en los asuntos públicos. En cuanto a las grandes organizaciones empresariales, es obvio que esa llamada "superestructura" existe desde hace muchos años, y ha conseguido de facto un monopolio de representación que nadie disputa, logrando haber sido aceptada por el mundo empresarial, y coexistir pacíficamente con sus diversos intereses sectoriales y con muy variados intentos de establecer plataformas de influencia en su seno. Al mismo tiempo, es cierto que lo más importante tampoco ocurre aquí en cumbres ni aparatos, sino

en los órganos locales de representación de los trabajadores y en las empresas; y aquí asistimos a un hormigueo, aún por cristalizar, de experimentos en el inicio y el desarrollo de una tradición de negociación local.

Cuarto, todo esto sugiere que la vitalidad de la "sociedad civil" española (si por tal se entiende solamente, en su sentido más restringido imaginable, el mundo de las formas de sociabilidad y asociación voluntaria del país) es cierta: tenemos más "sociedad civil" de lo que la gente imagina. Pero no la tenemos, sobre todo, de la forma y del tipo que la mayor parte de los líderes sociales y de opinión al parecer desean. La disposición habitual de éstos es a saludar un tipo de "sociedad civil" gramsciana, por así decirlo, donde algo parecido a una elite de ilustrados (heredera quizá del partido reformista-revolucionario, el príncipe colectivo de la ensoñación gramsciana; o heredera de la antigua tradición católica-conservadora) fuera capaz de penetrar el entramado de asociaciones, y marcara y orientara su discurso. Los antiguos intelectuales progresistas, o las gentes inscritas en la tradición conservadora clásica, se encuentran a gusto con esta visión. Sueñan con que, ya la familia socialista, ya la familia conservadora, ya el clero con unos o con otros o con los dos, ya alguna conjunción de medios de opinión, poderes económicos y poderes políticos, constituyan la matriz de un orden estable semejante. Sueñan con una "sociedad civil" razonablemente orientada, es decir, regimentada. Por esto son tan sensibles al encanto de los experimentos corporatistas o neocorporatistas. En cambio, no se encuentran felices con estas "sociedades civiles" blandas, donde el control y el poder se les escapa. Y lo que observamos en España en estos momentos es una variante y un apunte en la dirección de estas formas blandas de "sociedad civil" (entre comillas para marcar el uso de la expresión en su sentido más restringido).

2.4. La esfera pública y el hiperrealismo mágico.

Una democracia liberal propia de una sociedad civil (en su sentido amplio) no es aquella donde la vida pública se reduce al "momento" de la representación política: aquél cuando la sociedad entrega con su voto, supuestamente, su capacidad de decisión sobre asuntos públicos a una clase política, que a partir de ese momento decidiría por ella. Esto sería reducirla a una operación que algunos autores antiguos llamaban de "alienación política". Lo cierto es que, como se demuestra en la vida real de

la mayor parte de las sociedades civilizadas, las gentes libres se resisten a entregar su capacidad política, acotan un espacio para sus propias decisiones poniendo límites al estado, y cuando delegan su poder lo hacen bajo condiciones estrictas, reservándose incluso entonces recursos y capacidades de intervención. Más aún, como ciudadanos, y no súbditos, se definen como interventores y participantes permanentes en la cosa pública, y consideran a la clase política no como sus señores, sino como sus servidores. Entienden la representación política en el contexto de estas creencias, estas disposiciones y esta definición de sí mismos.

Ello significa, por tanto, que definen la democracia como un proceso de formación de opinión, donde todos, políticos y ciudadanos, debaten continuamente la naturaleza de los problemas comunes y de las soluciones a los mismos. Cada decisión que pueda tomarse, por el procedimiento que en cada caso corresponda, es considerada como una decisión provisional, a ser reexaminada a la vista de sus consecuencias y de los cambios en las circunstancias, incluidos los cambios en los sentimientos colectivos y en cuál pueda ser, a cada momento, el estado de la conciencia civilizada en la sociedad en cuestión.

Naturalmente, esa opinión pública no es sólo la del estado, o más bien (puesto que el estado en rigor carece de ella, porque como toda organización, por su propia naturaleza, es incapaz de tener opinión) la de los funcionarios y los políticos que suelen hablar en su nombre, ni la de los partidos, o más bien sus líderes, ni la de los líderes de poderosas organizaciones eclesiásticas, sindicales o empresariales, ni la de los empresarios y los periodistas que controlan los medios de comunicación. Todos estos participan, con más énfasis pero no con mejores razones ni a la larga con mayor eficacia, que las que pueda tener el conjunto de los ciudadanos, en una discusión o una conversación continua.

El tipo de conversación pública que tenemos comenzó a fraguar en España en los años sesenta, aprovechando el reblandecimiento del franquismo, y con el concurso de un sinnúmero de organizaciones o cuasi-organizaciones de la época. Clérigos, estudiantes, profesionales, artistas, periodistas, políticos y otras muchas gentes participaron en una polifonía de voces, expresiones de identidad, proyectos de cambio, inquietudes a medio hacer, observaciones sobre lo que estaba ocurriendo, nostalgias. Sobre esa conversación se fueron asen-

tando unos hábitos de argumentación, cuajando unos estereotipos.

Lógicamente, la transición a la democracia de la segunda mitad de los años setenta enfebreció y generalizó esta discusión, ampliando su radio de acción, introduciendo nuevos temas, y en las condiciones, muy distintas, de vincular un debate semejante con responsabilidades de gobierno y de oposición política. En un sentido fundamental, la democracia ha traído consigo las garantías para el desarrollo de un proceso de intensificación y generalización del debate público, que había sido coartado y restringido de mil maneras por el régimen autoritario anterior. Esto puede considerarse como una condición previa para la generalización de las competencias argumentativas y retóricas precisas para la participación en ese debate. Pero, por otro lado, ciertas proclividades argumentativas y retóricas, ciertos hábitos conversacionales se habían ya formado en la etapa previa; y cristalizaron durante los años siguientes.

Durante bastantes años, la conversación pública ha estado singularmente afectada por hábitos de imprecisión y de confusión. Esto tiene consecuencias negativas en la manera como los actores identifiquen sus propios intereses a corto o a largo plazo; entiendan cuáles son los intereses de los otros; puedan negociar con ellos; entiendan las circunstancias que rodean estas negociaciones; comprendan los sentimientos y las orientaciones que dan sentido a tales intereses; y puedan aprender de las experiencias de negociaciones en otros contextos. Estos hábitos de imprecisión y de confusión son frecuentes en sociedades con hábitos de discusión poco desarrollados a nivel local. Donde las escuelas no educan para esto. Donde las fórmulas de sociabilidad son tertulias donde cada uno se compromete en soliloquios. Donde las gentes no se escuchan, obsesas como están con sus puntos de vista. Donde se quitan la palabra unos a otros. Donde se crea una algarabía. Donde, con objeto de vencer la resistencia a escuchar, se fuerza aún más la voz, y se busca impresionar por procedimientos como el énfasis emocional. Donde este énfasis emocional se busca mediante la identificación de las gentes como amigos o enemigos. Donde, de este modo, las prácticas de la tertulia, o de la plática sectaria, refuerzan el tribalismo.

El tribalismo ha sido y es muy influyente en la formación de las opiniones en el país. Es poco habitual la distancia emocional respecto a un razonamiento, y la consideración de los méritos del argumento mismo. Lo normal es la identificación

del argumentador como perteneciente a una u otra tribu argumentativa. Esto se hace a veces por economía de esfuerzo. Pensar es un proceso que requiere un gasto de atención bastante considerable, sobre todo si trata de mantenerse más allá de algunos minutos. De manera que, en aras a la reducción de costes, los españoles-economistas ahorran energía mental mediante el recurso a los estereotipos. Los estereotipos políticos más socorridos son los de izquierdas y derechas, y los nacionalismos. En el primer caso, persiste el recurso emotivo a estas matrices culturales en parte por nostalgia. La gente no quiere dejar de ser joven, y la generación del 56/68, aunque su vida real apenas tiene que ver con aquellas matrices, ni la privada ni la pública, no quiere envejecer. A ello se añade un cálculo de interés: hay debates enojosos que no se pueden ganar argumentando, pero sí recurriendo al grito de la tribu.

Podrían mejorar sensiblemente las discusiones del país mediante el hábito de la aplicación del realismo crítico, la disciplina de observar con atención y registrar escrupulosamente los hechos, y aprender de la experiencia. Esto no es fácil. A veces las gentes prefieren sustituir la realidad por las palabras, o las sombras platónicas. Habitados a la caverna, temen la luz; usan palabras e imaginan que si con ellas manipulan las sombras, llegan a las cosas mismas.

Como es sabido, el "sentido de la realidad" se adquiere o se pierde, se agudiza o se mitiga, como consecuencia de una serie de experiencias, y depende de muchos factores. En España, la disposición al "pensamiento mágico" ha solido ser grande en determinados círculos de intelectuales, clérigos, burócratas y profesionales (no entre los campesinos, por ejemplo) durante mucho tiempo. Recordemos que, para muchos observadores, el mundo de corte y pluma madrileño del siglo XVII era un mundo de alucinados, y parte de nuestra mejor literatura de la época (la de Cervantes como la de Gracián) parece testimonio de una interpretación semejante; y, por poner un ejemplo más cerca de nosotros, cabe entender las pasiones ciudadanas que abocaron a nuestra guerra civil como impulsadas por mezclas en dosis variables de estrategias con alucinationes. El propio choque de la guerra pudo quebrar, en cierto modo, la capacidad de *cope with reality* o vivir en la realidad con cierto impulso, de muchos españoles, que se sobrevivieron en los años siguientes, derrotados o desmoralizados, soportando la durísima realidad de los cuarenta y (primeros)

cincuenta, en un clima oficial de retórica grandilocuente (y alucinada).

Sin que trate de hacer aquí la génesis del sentido de la realidad de la generación universitaria de 1956/1968, protagonista hasta cierto punto de las últimas décadas, conviene reseñar algunas de sus disposiciones irrealistas. Su enfrentamiento con la realidad se produjo en un clima más protegido de lo que ella quisiera reconocer. Su medio familiar la protegió de las dificultades económicas, pero no sólo de ellas. Como hija de una generación de clases medias muy respetuosas del estado franquista, la del 56/68 gozó de la semitolerancia (perpleja, irritada, errática) de éste a su disidencia política durante la fase crítica inicial. Se benefició también de un círculo protector y amortiguador de agresiones externas, consistente en colegios mayores, organizaciones católicas y redes culturales. En ese medio, se acostumbró a prácticas de manipulación de la realidad simbólica como si de este modo pudiera afectar la realidad efectiva. Construyó un imaginario donde todavía se hablaba de hacer la reforma agraria de los años treinta, o se diagnosticaba la crisis inminente del capitalismo, o se decía representar un proletariado revolucionario. Usando metonimias, la parte por el todo, sus miembros creían, o actuaban como si creyeran, que tener unos proletarios en las filas de sus organizaciones era tener la clase obrera; o incluso que tener un estudiante de voz ronca o rota y acento, un poco espeso, de la región adecuada, era tener "la voz de la mina".

Estos ligerísimos apuntes no tienen otra función que la de sugerir pistas para entender la génesis del fenómeno de la dificultad considerable de los españoles, políticos o no, de los setenta y de los ochenta para encarar la realidad de las cosas, y darles sus nombres propios. Pensemos, por ejemplo, en la dificultad que se deriva del rechazo a reconocer que una buena parte de la economía es economía subterránea (y distorsiona por ello todas las estadísticas, incluida la del paro), y del rechazo a hacer luz sobre ella y a reconocer que existe gracias a que las reglas de juego de la economía oficial o declarada (legislación sobre mercado de trabajo, seguridad social y salario mínimo) favorecen o incentivan su existencia. Se actúa como si se pensara que, al no nombrarla y mantenerla en la sombra, esa realidad dejara de existir.

Señalemos, asimismo, cómo el país se ha acostumbrado a una curiosa manera de dirimir el problema de la responsabilidad de los dirigentes por sus actos. Por una parte, los dirigentes tienden a

eludirla mediante manipulaciones simbólicas. Un líder político puede decir "asumo mi responsabilidad política" queriendo decir con ello simplemente que "asumo la responsabilidad de decir que asumo la responsabilidad", es decir: desconectando sus palabras de su referente extralingüístico. Y esa trampa a las reglas de una comunicación razonable puede ser acogida por medios influyentes de la comunicación social con un silencio y una sonrisa, como una astucia digna de estimación. Un líder empresarial puede vulnerar sistemáticamente las reglas de juego de la actividad financiera, y esperar sin embargo ganar tiempo o conseguir su impunidad mediante el procedimiento de intentar controlar la opinión que el público se pueda hacer de él a través de una operación de relaciones públicas, durante varios años.

Todas estas "estratagemas convencionalistas" (por usar el término popperiano) de elusión de la prueba o la hora de la verdad o el choque de la realidad, pueden tener éxito, y lo tienen durante bastante tiempo, porque el país parece carecer de instituciones que acostumbren al público a estar alerta, exigir informaciones precisas y probadas, y establecer así, también, responsabilidades específicas. El funcionamiento real del aparato de justicia o del periodismo no ha sido tal que favoreciera el desarrollo de esos hábitos. En el caso de la justicia, por su tardanza en actuar. En el del periodismo, por la laxitud de sus métodos de comprobación de la información. El resultado es un clima de opinión que tiende al desconcierto, donde las informaciones precisas pueden quedar fácilmente sumergidas en un medio de rumores, sospechas, acusaciones, desmentidos, silencios y olvidos.

En este desconcierto, hay lugar para que el público acepte fácilmente dos variedades del pensamiento mágico como son el pensamiento conspiratorio y el (ya aludido) pensamiento tribal. Los dos simplifican el esfuerzo del público para el entendimiento de situaciones complejas, y son también de recurso muy fácil para la clase política. En España, su uso es frecuente y su éxito, considerable. Para gentes que no acaban de entender el funcionamiento de los órdenes extensos y abiertos, como puedan serlo los mercados (en parte) y otras muchas formas de coordinación de la vida social, política y cultural, es lógico imaginar que el mundo se mueve a golpe de acuerdos entre los poderosos. Esos acuerdos pueden ser pactos visibles, o arreglos secretos. El pensamiento conspiratorio desorbita sistemáticamente la importancia de estos arreglos (que, por supuesto, existen). El pensamiento tribal

reduce los costes de razonamiento de las gentes por el procedimiento de centrar su atención en la tribu que defiende cada uno de los argumentos, e instar a que cada cual, simplemente, se coloque en la tribu correspondiente y haga suyo su argumento. El argumento tribal se convierte así en una invocación a la solidaridad de la tribu frente a la tribu adversaria.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el uso de estas y otras formas de pensamiento mágico no es óbice para que no persiga cada cual su interés peculiar, político o económico, con determinación y con astucia. Todas las divagaciones simbólicas imaginables no enturbian la visión para el ardid con el que ganar una elección o hacer un negocio o llegar a un puesto. En otras palabras: el medio puede ser vaporoso, pero los detalles se perciben con acuidad. El resultado es lo que podríamos llamar una esfera pública dominada por el lenguaje del "hiperrealismo mágico". Como en ese tipo de pintura (por cierto, muy apreciada en esta época del país), trozos precisos de realidad vagan o flotan en un paisaje de palabras innecesarias e inconexas. Es un lenguaje político (y no sólo político) carente de sintaxis.

Este hiperrealismo mágico se corresponde con una lectura estática de la realidad, y una percepción del tiempo como si transcurriera a un ritmo muy lento. Quizá ello tenga que ver con la experiencia del tiempo de una generación que hubo de esperar pacientemente la acción de la naturaleza, en este caso la muerte biológica de un dictador, para realizar el añorado cambio de régimen político. Quizá tenga que ver con otros varios referentes en la memoria colectiva de los españoles. Lo cierto es que la clase política de estos años ha mostrado una tendencia a tomar las decisiones con bastante retraso. Es como si careciera del sentido del *kairos* para apresar la oportunidad única del momento. Su procrastinación ha sido notoria respecto a casi todos los problemas centrales de las políticas públicas: en la política de mercados de trabajo, de gasto público, de los medios audiovisuales y las telecomunicaciones, autonómica, sanitaria u otras. Ha tendido a actuar como si el tiempo no contara, justo en el momento en el que la integración de España en la economía y la sociedad internacional ha acelerado el ritmo de los acontecimientos.

Ocurre sin embargo que las gentes proclives al pensamiento mágico tienden a no vivir en un tiempo real, sino en uno imaginario relativamente estático. Y ello está relacionado con su tendencia a entender el poder que puedan tener, no como una capacidad

para resolver problemas a cada paso, sino como una capacidad para ocupar un punto en el espacio (que ningún otro puede ocupar al tiempo) desde donde desplegar los símbolos de su importancia. Por eso creen que son tan importantes las leyes, aunque no se lleven a la práctica, y las promesas, aunque no se cumplan. Porque para esas personas, y para quienes les siguen y les aceptan, leyes y promesas son, no instrumentos para resolver problemas, sino expresiones de un deseo de hacerse respetar.

3. La generación del 56/68, la génesis de su proyecto moral y balance provisional de lo conseguido: entre un orden de libertad y un desorden de baja intensidad.

Hemos visto el grado de "civilidad" de nuestra sociedad civil. Veamos ahora uno de los agentes sociales más importantes en el proceso de formación de esta sociedad, y centremos la atención en un segmento de esta sociedad, la generación de 1956/1968, o más bien el subsegmento universitario de la misma, tratando de ver la relación entre sus proyectos originarios (y su experiencia), y los resultados de su actuación. La generación universitaria de 1956/1968 se formó e inició su periplo profesional, social y político durante las décadas de los cincuenta y los sesenta. Los acontecimientos cruciales de esa etapa fueron los disturbios universitarios de febrero de 1956, que marcaron el arranque de una agitación que sólo terminaría con el final del franquismo y de la que salió la nueva clase política de la democracia, así como el plan de estabilización de 1959, que inició una trayectoria de integración en la economía occidental que persiste hasta hoy. De finales de los 50 y comienzos de los 60 datan las grandes transformaciones en la iglesia y en el sistema productivo español, con el cambio de una economía todavía a medias agraria-tradicional a una economía industrial, y los grandes movimientos de población, que indirectamente habían de tener efectos importantes sobre el desarrollo de los nacionalismos periféricos. El año de 1968 careció de relativa importancia en España; pero la fecha nos sirve como referencia a una generación europea con la que la generación de 1956 y las promociones siguientes sintieron profunda afinidad, y con cuyas reivindicaciones y cuyo talante creyeron o quisieron identificarse.

La generación 56/68 ha protagonizado la vida española de los últimos veinte años. Es difícil hacer justicia a la generación que hizo la transición y la consolidación de la democracia, y ha ocupado una

gran parte de las posiciones de poder desde entonces. Y más difícil aún hacerle justicia sin herir sus sentimientos. De un lado, se ve a sí misma heroica y carismática. Nadie sabe muy bien por qué la historia la escogió para tan altos destinos, y cabe imaginar que si Franco hubiera vivido diez o quince años más, su destino hubiera podido consistir en la de ser una nueva "generación puente". (Recuerdo la frase de conmiseración de un lúcido espíritu de la generación puente anterior. Estábamos en algún momento de los primeros sesenta. El maestro era adepto al culto de la juventud, en parte como modo indirecto de expresar su antipatía por su propia generación, pero no sin reservas ni ambivalencias: quizá recelaba de los sentimientos recíprocos de los jóvenes. El caso es que nos confortaba con un cariño ácido: nosotros (ellos) no hemos podido hacer nada en este país; pero ay vosotros, la generación siguiente, para vosotros las cosas van a ser todavía más difíciles.) El caso es que, contra todo pronóstico, la generación del 56/68 se encontró con el viento de cara, los dioses favorables, la Providencia o el ángel custodio en su fase más afable. Anduvo inquieta, intentó e hizo muchas cosas en los quince o veinte últimos años del franquismo, hasta ser testigo de su colapso. Llena de *hubris*, y un poco fantasiosa, ha reconstruido su avatar como el de una lucha y conquista de la libertad.

De otro lado, se siente un poco víctima. Sus miembros han quemado mucho tiempo, piensan, en conflictos en realidad un poco absurdos: en un medio ramplón y provinciano; entre familias, colegios, organizaciones, clérigos y estructuras políticas autoritarias: reprimiendo sus deseos, según se dijeron a sí mismos cuando se les hizo la luz. Y de repente, tras un período de adolescencia un poco prolongada, he aquí que les llegaron las responsabilidades del poder, y han tenido que vivir atendiendo a todos los frentes, incluido, esta vez, el de una generación joven de la que hacerse cargo.

Hay una buena dosis de realidad en esta percepción que la generación del 56/68 tiene de sí misma. Pero quizá convenga distanciarse un poco de ella, y tratar de entenderla y entender el potencial y los límites de su acción histórica (antes de hacer un balance provisional de su obra) analizando algunos aspectos de su proceso de formación y desarrollo moral (complementando algunas observaciones que he hecho a propósito de la esfera pública). Me limitaré en este momento a hacer, a este respecto, dos consideraciones de carácter general.

La primera consideración es la de que creo que ha habido, y hay, en aquella generación un conflicto (o contradicción si se quiere) entre dos pulsiones: la de construir un orden de libertad, y la de procurar que éste fuera un orden controlado por ella (y la libertad fuera, por tanto, una libertad bien entendida). Esta generación ha sido fiel a las dos pulsiones, porque no se trataba de pulsiones por así decirlo abstractas, sino de orientaciones arraigadas en su experiencia formativa crucial de los años 50 y 60, y en el carácter moral que fue resultado de esa experiencia.

Por una parte, querían liberarse de sus padres autoritarios, los curas o los educadores de sus colegios, los profesores de sus aulas universitarias, los directores de sus colegios mayores, los capitanes de sus campamentos de milicias, los jefes de negociado de sus oficinas y un larguísimo etcétera. Por esto, y de manera sistemática, experimentaron con formas de vida y de expresión distintas u opuestas a las de la generación anterior: en su vida sexual y sentimental, religiosa, sindical, política, profesional. Por otra parte, interiorizaron las pautas autoritarias de la generación anterior a la que combatían, aunque las dieran nuevos contenidos. No fueron liberales. Vieron desaparecer la generación del 98, Ortega y Baroja, por ejemplo, con respeto, pero con distancia. Consideraban a estas gentes como de otra época. Demasiado blandos. La nueva generación se creía de un temple más duro. Sus curas de turno (porque, curiosamente, esta generación de liberados se liberó con muchos curas, y semicuras, alrededor) y sus maestros les entrenaron en el arte del dicitario doctrinal contra las tribus reaccionarias del momento, y en el respeto de, y el diálogo con, la robusta tradición autoritaria/totalitaria del marxismo. Por eso entraron, cuando entraron, en partidos o facciones políticas rebeldes/revolucionarias/cuasirrevolucionarias de un tipo u otro; y por eso tendieron muchos de ellos a interpretar su compromiso con la justicia y la libertad en clave un poco frenética (un frenesí comprensible, por lo demás, habida cuenta la posibilidad de enfrentarse con la cárcel, y la memoria de la guerra civil).

No se trata de reconstruir ahora aquella experiencia complejísima, y menos de seguir su evolución posterior. Baste a los efectos de esta discusión con señalar que esta experiencia y esta moral vivida educaron a las gentes en el talante del miembro de un partido o facción inclinado a la intolerancia de principio, el respeto de la disciplina, la deseabilidad de la conducción autoritaria si no la manipulación

de las masas a las que se pudiera tener acceso, y en general fomentaron el desarrollo de las virtudes propias del arte de la guerra y el uso poco escrupuloso de los medios. No es sino lógico que esta generación haya alumbrado el sistema que hemos visto, la combinación de un orden de libertad y sus contrarios: el uso patrimonial del estado, el cultivo del uso discrecional de la autoridad, la argumentación tribalista y simplificatoria o el desarrollo de redes clientelistas. Y no es sino natural que haya vivido con dificultades su propia educación sentimental y moral en esta nueva fase de su existencia adulta. Primero, segura de sí y sin plantearse el problema de su propia proclividad al despotismo, disfrazándola como concomitante a la misión que tenía que cumplir. Luego, asombrada y dolida por no ser objeto de gratitud y reconocimiento por lo que considera el ejercicio de un poder altruista. Finalmente, dudosa y crispada, rehusando reconocerse en el espejo de sus equivocaciones.

Mi segunda consideración es la de que creo que en esta generación ha habido, y hay, cierta "debilidad moral" (en el sentido orteguiano o zubiriano, de "moral como estructura"): debilidad en su capacidad de compromiso profundo con el cumplimiento de unas reglas o unas tareas a realizar (independientemente de cuál sea el contenido de aquellas reglas o de estas tareas). Aquí, una vez más, he de referirme a las características de su etapa formativa, junto con las del período siguiente, y en particular a dos factores o influencias a tener en cuenta.

En primer lugar, la influencia de una moral (vívida) "del triunfo", que responde a la profunda influencia de su origen de clases medias. No hay que olvidar que en su mayor parte se trataba de clases medias que tenían el objetivo moral de "una carrera" para sus hijos en el medio estrecho (y un poco mezquino) de los años cuarenta y cincuenta, donde, bien una devoción particular por la carrera burocrática por parte de los hijos de clases medias-bajas o medias-medias (probada hasta la virtud heroica en el rigor de unas oposiciones), bien el cultivo de las amistades y los contactos por parte de los hijos de las clases medias-altas (sin necesidad de heroísmo), parecían la clave del triunfo. El dios "triunfo" presidía los lares de las familias de clase media (media-baja, media-media, media-alta) de la época. El carácter moral de estos hijos se formó por tanto en un clima, no de moral estricta (religiosa o no) sino laxa, compatible con la *idée fixe* de triunfar en la vida: de prosperar en las condiciones difíciles

de aquellos años. Se trataba, al cabo, de clases medias un tanto desmoralizadas por la guerra civil, cuya laxitud moral contradecía, a su modo, la moral heroica un poco de cartón piedra de los años cuarenta, ella misma un remedo de la curiosa moral heroica de los (más conspicuos) combatientes en la guerra, para quienes el triunfo de la virtud (virtud de la cruzada o virtud de la revolución) sólo podía conseguirse mediante un gigantesco fratricidio. Esta influencia de la moral vivida en sus orígenes fue reforzada por la influencia del tipo de "moral enseñada" que recibieron, con su énfasis en la atenuación de la responsabilidad moral personal, donde la cultura católica tradicional, que desenfanzaba la responsabilidad individual, se dio curiosamente cita con la cultura marxista o marxistizante, que ponía el énfasis en los cambios estructurales, la identidad de clase y las actuaciones colectivas.

En segundo lugar, la influencia de una experiencia de socialización en la vida profesional, que reforzó en ellos los rasgos propios de un grupo de manipuladores pragmáticos de la sociedad. Antes he aludido al segmento de la generación universitaria que siguió una trayectoria política. Pero cabe completar esta visión atendiendo a los que siguieron una trayectoria de economistas y funcionarios, que habían de tener un peso decisivo en la formulación y la ejecución de las políticas públicas de la democracia. Este segmento surgió casi sin solución de continuidad de los medios de la administración económica y los medios financieros de los años sesenta. La etapa formativa primordial de sus vidas consistió en aprender a manejar la maraña de regulaciones del sector exportador y financiero de la economía española. Practicaron el arte de dar licencias de importación y exportación, de administrar crisis bancarias. Cultivaron relaciones y amistades con sus *seniors* de la administración y del *establishment* económico del franquismo, y se dejaron proteger por ellos. Combinaron este conocimiento local con el adquirido mediante el contacto con el FMI, el Banco Mundial y la OCDE, donde practicaron a su vez el lenguaje de estos organismos, y se socializaron en los valores de una economía abierta y (moderadamente) liberalizada. Su liberalismo económico (relativo) se compaginó bien con las proclividades anti-franquistas que podían compartir con buena parte de la generación universitaria a la que pertenecían. De esta forma se ejercitaron en el cultivo de la suave esquizofrenia de recitar persuasivamente un credo liberal, y practicar diariamente el uso discrecional de la autoridad pública. Esta experiencia práctica de

intermediarios entre el país y el mundo exterior, entre las elites del franquismo y la oposición política, les permitió realizar funciones sumamente útiles en el momento de la transición, y en los años siguientes. Su pragmatismo y, en cierto modo, indiferentismo o escepticismo ideológico encajaron bien con la ambigüedad de una transición que requería de los franquistas fingir que no lo habían sido casi nunca, y de las izquierdas fingir que seguían comprometidas con los principios tradicionales de la izquierda. Su ejemplo y su influencia favorecieron el proceso de des-ideologización del segmento político de su generación; pero también de lo que he llamado aquí su "desmoralización" (en el sentido antes señalado).

Esta combinación de influencias puede explicar cómo las circunstancias de los años ochenta, que proveyeron a esta generación con unas oportunidades de enriquecimiento particular muy notables, encontraron (del lado de la demanda, por así decirlo) gentes dispuestas a aprovecharlas con avidez. Esta generación entró en la escena de los años ochenta con una vocación clarísima a vivir "una vida diferente". El sistema de estratificación social del país había ido adquiriendo con los años una forma de diamante, con una masa central de en torno al sesenta por ciento de la población que se percibía como "clases medias", por encima de otro estrato considerable como "clase baja" que trataba de acercarse a aquel ideal (y una *underclass* que, falta de voz política, era dejada al margen). Pero las elites de las que estamos hablando quisieron distanciarse de estas clases medias ordinarias, no (por supuesto) en la retórica de sus declaraciones (que era y es la propia de unos "solidaristas universales"), sino en la modesta realidad de la vida diaria.

"Vivir una vida diferente" consistirá para ellos en el cultivo sistemático de la distancia. Vivirán en los suburbios ajardinados en torno a la capital; se desplazarán en coche oficial; trazarán cuidadosamente la trayectoria del porvenir de sus hijos, que irán a colegios de elite, donde se relacionen con los chicos y chicas de su condición y adquieran amistades útiles y aprendan idiomas para, con ese bagaje, y la oportuna beca, estudiar fuera; y cultivarán *loisirs* propios de gentes que se alejan para navegar en el mar o esquiar en la alta montaña, y obtienen las cosas por circuitos distintos, y van por caminos que no son ordinarios. De esta forma crearán un orden social que es justo el contrario del de su retórica. El mundo real que construyen con sus prácticas cotidianas es un mundo de distancias,

que funciona movido por un entrecruzamiento de influencias entre el aparato del estado y los poderes sociales: el mundo, dividido entre los de dentro y los de fuera; la vida política, entre quienes tienen poder e información, y quienes carecen de ellos; la democracia, una democracia de dos velocidades. Y es de esta manera como la generación de 1956/1968 (o al menos un segmento central de la misma) ha conseguido, a la postre, realizar el sueño de sus padres: actualizar la moral (provinciana) de "triumfo" de los 50, que había vivido en su infancia, en las circunstancias (cosmopolitas) de los años 80.

Añadiré, por último, que quizá esa distancia, o esa dificultad de compromiso moral, tenga alguna relación con el hecho de que esta generación parece poco capaz de expresar un sentimiento intenso (que tal vez no tiene) de comunidad nacional. Sin duda se trata, también, de un sentimiento inhibido por sus experiencias formativas: por su reacción al hiper-nacionalismo español del franquismo, y por su impulso de atracción hacia Europa; también por su perplejidad ante el problema de una definición nacional de España donde pudieran coexistir diversos nacionalismos. Saben que en el pueblo hay un depósito de nacionalismo español muy importante, que se expresa en cuestiones aparentemente triviales, en los deportes o en los toros o en las canciones o en apartes sentimentales intempestivos; pero no saben qué hacer con él. No saben qué hacer, tampoco, con los sentimientos de ese cuarenta por ciento de inmigrantes o hijos de inmigrantes en Cataluña y el País Vasco; ni con los sentimientos de doble pertenencia de muchos de ellos, y de muchos de los catalanes y los vascos originarios.

En resumen, si después de este recorrido a lo largo de los rasgos y el proceso de formación de los sentimientos de esta generación protagonista de la España democrática, hiciéramos un balance provisional de su obra, aún por culminar, observaríamos sin duda una combinación de logros notables y méritos evidentes, con la contrapartida de cierta ligereza, descuido e incapacidad para culminar la faena, como si fallara en el momento de la verdad. Al cabo de años de poderío, está a medio camino en la construcción de una sociedad civil: un momento mezcla de orden y desorden; o si se quiere, un momento de desorden de baja intensidad.

El estado de "desorden de baja intensidad" (o un orden sin grandes conflictos manifiestos, pero agitado de ruidos y perturbaciones confusas) se ha prolongado desde 1981 a 1992: casi dos años con gobiernos minoritarios centristas y apenas diez con un gobierno socialista mayoritario. Se ha caracteri-

zado por un estado democrático con elementos patrimonialistas de cierta importancia, y un aparato de estado creciendo pero un tanto a la deriva; una economía integrada en la europea, pero con unas reglas de juego más bien desconcertantes, llenas de trampas y de colusiones de gentes a costa del interés público; una utilización penosa del capital humano del país, con un volumen de desempleo y una economía subterránea considerables, aunque con el contrapunto del florecimiento de unas formas blandas de sociabilidad, interesantes; una esfera pública todavía en proceso de desarrollo, pero con elementos de confusión, tribalismo y pensamiento mágico, considerables.

Entre 1981 y 1992 ha prevalecido ese desorden bajo apariencia de orden; el cambio que ha tenido lugar entre 1992 y 1994 sugiere un escenario inverso y apunta en una dirección interesante. Arrancó curiosamente a mediados de un año de fastos, más rico en gestos que en realidades. Y, súbitamente, el país se despertó de un sueño de autocomplacencia para encontrarse sumido en un estado de crisis continua, económica, política y moral. Crisis positiva, porque ofrece al país la posibilidad (sólo la posibilidad) de revisar su trayectoria de aquellos años, atajar el desarrollo de los elementos patrimonialistas del estado, contener el crecimiento a la deriva de su aparato de estado, sanear sus reglas de juego, utilizar mejor sus recursos humanos y clarificar su esfera pública. Bajo su apariencia de desorden, las turbulencias de estos años sugieren la aproximación hacia un orden más razonable.

4. *¿Eppur si muove?: Acab o Ismael.*

El país de estos años ha tenido y tiene grandes dificultades para ser una sociedad civil; pero hay que tener en cuenta que, en comparación con otros países del mundo, pertenece al fragmento de países habitables, y sigue adelante. A este respecto, quiero terminar haciendo algunas observaciones en un espíritu algo diferente (quizá complementario) del que ha presidido mis páginas anteriores. En éstas, he tendido a la distancia crítica por mor de ver las cosas como han sido y como son, con comprensión pero también con la menor autocomplacencia posible. Prefiero escribir estas reflexiones finales, deliberada y explícitamente, en una clave de esperanza y de moderado optimismo. El pasado está hecho; el futuro, por hacer. Esto dicho, he aquí cinco breves anotaciones.

Primero. Con todos sus defectos, la generación del 56/68 ha mantenido los entramados institucionales claves para una sociedad libre: democracia liberal, economía de mercado, sociedad plural y cultura de la tolerancia. Estas instituciones contienen un repertorio de incentivos y sesgos a favor de la libertad: a favor de la competición interna, las solidaridades voluntarias y la reducción del autoritarismo, así como a favor de la apertura de los horizontes, el debate y la experimentación con diversas soluciones a los problemas públicos. Aunque aquellas instituciones claves no bastan, son una condición previa y un requisito indispensable de una sociedad civil.

Segundo. Aunque la gestión de estos años haya mostrado las debilidades de la generación del 56/68, parece prematuro considerarla agotada. Si lo está o no, eso es algo que (en parte) tiene que decidirlo ella misma. Sus posibilidades de reacción son de alguna consideración. Téngase en cuenta que ni las personas, ni los grupos tienen destinos fijados de antemano. Pueden aprender de sus errores. Es probable que esta generación haya aprendido cosas a lo largo del tiempo sobre los límites del estado, las reglas de juego de la economía y el asociacionismo voluntario (al que suele referirse como "sociedad civil"). Ahora parece que comienza a fijarse en el tema de la esfera pública, aunque sólo sea porque a ello le obliga el problema de la corrupción. Ciertamente que atraviesa un momento de confusión; pero los momentos de confusión pueden ser, si se me permite la expresión, clarificadores. A veces, se aprende en un clima de serenidad; con frecuencia, las gentes aprenden a través de una experiencia de catarsis.

Tercero. Hay que reparar en el hecho, fundamental, de que todo lo que nos ocurre está permeado, penetrado, invadido arrolladoramente por el mundo exterior. Y esto hará que bien una generación, bien otra, bien todas ellas, aprendan más rápidamente. Así ocurre que la economía del país no es sino una parte de la europea y de la internacional. La entrada en el mercado común europeo en 1986 ha acentuado extraordinariamente lo que era ya una marcada trayectoria de integración desde hacía casi treinta años. La entrada de productos agrarios e industriales ha sido acompañada de entradas masivas de capital y de empresas en sectores muy varios, en particular en los de automoción, química, cemento y materiales de construcción, y alimentación, por no hablar de electrónica e informática. Entre 1983 y 1992, la propiedad de las acciones de los extranjeros en las empresas

no-financieras del país pasó del 14% al 40% del total, y de las sociedades financieras, del 5% al 22%. En otras palabras, estamos hablando ahora de un país donde, en los últimos diez años, el 40% de sus empresas de cierta importancia y cerca de la cuarta parte de su sistema financiero ha pasado a ser propiedad de no-nacionales.(8) Pero la tendencia es a una interpenetración entre la economía española e internacional cada vez mayor: entre 1989 y 1993 la inversión extranjera (sobre todo de los europeos) en España ha oscilado entre 1,2 y 2,3 billones de pesetas cada año, mientras que la inversión española en el extranjero (sobre todo en Europa, en particular Portugal, pero también en Marruecos y Latinoamérica, en especial en paraísos fiscales como las Islas Vírgenes y las Islas Caimán) ha oscilado entre 0,2 y 0,6 billones de pesetas por año.(9)

No sólo se trata de la economía, obviamente; también de la sociedad, la política y la cultura. Las oportunidades de comunicarse con el mundo exterior se han multiplicado en todos los órdenes de actividades. En cada uno de los años entre 1986 y 1993 una media de 52 millones de extranjeros (unos 48 millones de europeos sobre una población de más de 300 millones) han visitado España, y unos 20 millones de españoles (sobre una población de c. 40 millones) han viajado fuera. Entre 1980 y 1992 el número de conferencias telefónicas internacionales se multiplicó por cuatro (pasó de c.50.000 a c.200.000). La difusión de medios de información y telecomunicación refuerza la misma tendencia a las comunicaciones más allá de la localidad de residencia, y evitando los cauces convencionales. Sólo entre 1984 y 1989 el número de ordenadores personales se multiplicó por 6 (pasando de 4 a 23 el porcentaje de hogares españoles con un ordenador personal); y el número de líneas de telefonía móvil se decuplicó entre 1989 y 1993 (pasando de 29 a 267 miles de unidades).(10) De todos es sabido que a la negativa estatal a regular la televisión por cable, la sociedad ha reaccionado con una tupida red de televisión por cable en régimen de economía semi-subterránea.

La explosión de las comunicaciones orienta el país hacia comunicaciones horizontales en su interior; y a ampliar su horizonte de referencia hacia el mundo exterior. Las tareas a hacer, por parte de los más exigentes, se definen cada vez más con relación a ese horizonte más amplio. Hacer ciencia implica estar vinculado a comunidades científicas internacionales; como hacer empresas es exportar o ser capaz de competir con empresas

extranjeras; como hacer un nuevo sindicalismo es hacerlo en sintonía con la internacionalización de la vida económica, y aprendiendo de lo que se está intentando fuera; como hacer política española es cada vez más entender cómo quepa promover un interés español en Europa al tiempo que se hace política europea. Y hacer las cosas así significa estar ligado a lo que ocurre en el mundo a través de medios internacionales. Se sigue la coyuntura a través de *The Wall Street Journal*, *Herald Tribune*, o *The Economist*; se sigue la Guerra del Golfo a través de la *CNN* mediante una antena parabólica.

Cuarto. Se abre uno a nuevos horizontes ensanchando la perspectiva histórica y comparando con otros países. La comparación aguza la mirada para los contrastes. Con el tiempo, éstos se dramatizan y se dejan de dramatizar y se vuelven a dramatizar; y así en un proceso de reajuste continuo de los sentimientos, individuales o colectivos, buscando la ecuanimidad. Pero alcanzarla es improbable, porque los conflictos de apreciación se solapan y se combinan con otros muchos: la invasión del exterior, la competencia entre las gentes de la comunidad, la presión de las generaciones jóvenes. Los procesos de aprendizaje se hacen siempre a tientas y un tanto agónicamente.

Quinto. Por otro lado, no tenemos garantía alguna de que el aprendizaje se lleve a cabo y el desorden de estos años no se amplifique. Recordemos nuestro personaje inicial, aquel Ismael que se nos iba al mar. Le dejamos en una senda que no podía parecer más benigna: iba a un mar entendido como una sociedad civil(izada). Pero es hora de que el relator de esta pequeña historia nuestra recuerde al lector la continuación de la novela. Ismael tiene todavía ocasión de demorarse en tierra y que un predicador encaramado a la proa de un púlpito le recuerde la historia de Jonás, fugitivo de Dios, y le haga el elogio de quien dice la verdad (mal recibida) a la cara de la falsedad, y de quien permanece firme (en su identidad inexorable) contra todo poder, y le sugiera, tal vez, que quien así hace tiene la posibilidad, como Jonás la tuvo a su manera, de que si el mar le hunde en su seno el mismo mar le devuelva a la luz. Curiosa prédica; pero por lo pronto insuficiente. Porque Ismael se embarca en un barco conducido por un hombre obseso y vengativo de mediana edad, rodeado de oficiales blandos e indiferentes y una tripulación de gentes erráticas, que se dejan contagiar por su locura; y se encuentra lanzado al mar en busca de un monstruo inteligente y maligno, contra toda medida razonable y contra las propias reglas de su

oficio. Y tras días de fiebre y de porfía, el drama se resuelve, el monstruo les destruye, y barco y capitán y gente desaparecen en el vértice de un inmenso remolino: salvo el buen Ismael que puede contarlo. Interesante final. ¿Seremos el capitán Acab y su tripulación? ¿Seremos Ismael-Jonás? ¿En qué se trocará el mar de la sociedad civil?

Notas.

(*) Este *paper* ha aparecido también en AB, Asesores Bursátiles (ed.), *Historia de una década: Sistema financiero y economía española 1984-1994* (Madrid: AB, Asesores Bursátiles, 1994).

(1) Sobre la teoría de la sociedad civil ver Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil* (Madrid: Alian-

za, 1993), y "The Possibility of Civil Society: Its Character, Challenges and Traditions" en John Hall ed., *Civil Society. Theory, History, and Comparison* (Cambridge: Polity Press, 1994), y en *ASP Research Papers* 1/1994. Cuatro trabajos recientes donde desarrollo o aplico esta discusión a temas españoles en: Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez "Opciones inerciales: Políticas y prácticas de recursos humanos en España (1959/1993)" (*ASP Research Papers* 2/1994); Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez "De opciones reticentes a compromisos creíbles: política exterior y liberalización económica y política en España 1953/1986" (*ASP Research Papers* 3/1994); Víctor-Pérez Díaz "Aguante y elasticidad: Observaciones sobre la capacidad de adaptación de los campesinos castellanos de este final de siglo" (*Papeles de Economía Española* 60/1994); Víctor Pérez-Díaz "El reto de la esfera pública europea" (*Claves de razón práctica* 44/1994).

(2) Comisión de las Comunidades Europeas. Datos recogidos y elaborados por Instituto de Estudios Económicos, *Documentación*, 4 de noviembre de 1993.

(3) CECS, *España 1993, una interpretación de su realidad social* (Madrid: Fundación Encuentro, 1994), pág. 153.

(4) CECS, 1994, pág. 264.

(5) *Anuarios El País 1984-1994; Anuario El País 1993*, pág. 132; *Anuario El País 1994*, pág. 178.

(6) Rafael Prieto Lacaci, "Asociaciones voluntarias", en S. del Campo (dir.), *Tendencias sociales en España (1960-1990)*, vol. I, (Madrid: Fundación BBV, 1993), pág. 209.

(7) Prieto Lacaci, 1993, pág. 216.

(8) Banco de España, *Cuentas financieras de la economía española 1983-1992* (Madrid, 1993), págs. 315 y 318.

(9) *Anuarios El País 1990-1994*.

(10) *Anuario El País 1994*, pág. 410; Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, *Los transportes y las comunicaciones. Anuario 1992* (Madrid, 1993), pág. 377; CECS, 1994, págs. 33 y 98.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.